JUAREZ, MAXIMILIANO Y PALMERSTON

POR PHILIP GUEDALLA¹

Permitidme que os diga, para principiar, hasta qué grado aprecio el privilegio de dirigiros la palabra esta noche, y permitidme también que os agradezca, como mejor pueda, el honor que me hacéis con vuestra amable presencia. Es en verdad un alto privilegio para mí hablar en esta antigua universidad, y me proporciona verdadero placer transmitir los saludos de una Universidad no menos antigua—la Universidad de Oxford. Permitidme también que os traiga los saludos del Instituto Iberoamericano de la Gran Bretaña, que fué fundado a fin de promover por todos los medios un conocimiento más amplio y vínculos más estrechos entre la Gran Bretaña y los países iberoamericanos. Como Director que soy de dicho Instituto y en nombre de su respetado Presidente, su Alteza Real el Príncipe de Gales, os presento sus saludos. El Instituto ya ha realizado mucho por medio de un intercambio de visitas entre estudiantes de uno y otro continente y gracias al establecimiento en Oxford de becas fundadas con el objeto de acrecentar la amistad que siempre ha ligado a mi país con la hermandad de repúblicas que yacen al sur del Bravo. Permitidme, por último, que exprese la esperanza que esta mi visita a México sea el principio de un intercambio amistoso de esa índole, y que al devolvérsola nos permitiréis brindaros la hospitalidad de nuestra propia casa.

Después de vuestro recibimiento tan cordial, os parecerá poco amable por parte mía inferiros una conferencia en español. Quizá no lo creáis así; pero me apresuro a aseguraros que es vuestro propio idioma el que ataca vuestros oídos en estos momentos. Los catadores han observado que los buenos vinos a menudo sufren un cambio desastroso cuando se exportan a tierras allende el mar; y es más que probable que el mismo cambio haya ocurrido con mi español.

¹ Conferencia leída por su autor en el Salón de Sesiones del H. Consejo Universitario el 10 de abril del año en curso.

Pero me siento seguro de que vuestra inmutable cortesía resistirá aún esta prueba definitiva.

Pero si en mi enunciación rozo al español sin llegar de hecho a tocarlo, también en mis labores de investigación histórica muchas veces he rozado a México, sin llegar tampoco a tocarlo. Hace ya más de diez años que publiqué un libro intitulado "El Segundo Imperio", que trata de la subida y caída de ese personaje misterioso, Napoleón III, personaje que a menudo se me antoja fué siempre un misterio aun para consigo mismo, y en el curso de dicho libro dediqué algún estudio a su mal concebido esfuerzo de imponer un régimen extranjero a un pueblo libre.

Es realmente extraño que uno que en sus relaciones con los pueblos europeos demostró una percepción tan clara y una apreciación también tan neta del principio de las nacionalidades, que ayudó al pueblo italiano a descubrir su propia alma, y que voluntaria e involuntariamente hizo el mismo beneficio al pueblo alemán, se hallara tan falto de visión por lo que toca al carácter no menos irreducible de la doctrina de nacionalidades en el continente americano. Pero el transparente aire de América siempre ha dado lugar a semejantes errores de perspectiva, pues es la debilidad de todos los que visitan América creer que la comprenden tres días después de haber llegado ahí; tan es así, que el cuarto día le consagran un libro que se publica el quinto (os ofrezco por cierto, de la manera más solemne, que después de los diez días que pase en México no escribiré una obra sobre el país. Concederéis que jamás ha habido extranjero que os visite y dé muestras de semejante espíritu de sacrificio).

Fué la desgracia de Luis Napoleón que en una ocasión hubo de pasar tres meses en Nueva York. La visita lo dejó con una idea profundamente equivocada no sólo acerca de los Estados Unidos del Norte, sino de todas las repúblicas americanas, desde el momento que el juicio que se formó acerca de ellas es que "un menor de edad que se declara independiente a los diez y seis años, sea cual fuere su fuerza física, no es más que un niño. Los Estados Unidos se creyeron una nación desde el momento que tuvieron un gobierno... eran y siguen siendo solamente una colonia independiente". Ello revela un profundo desconocimiento de los Estados Unidos en 1837 y de México en 1861, y fué bajo la influencia de dicho desconocimiento que el emperador Napoleón se lanzó a la desastrosa aventura de Maximiliano. Como sabéis, siempre embargó su atención la parte latina del Continente Americano. Durante los años de ocio de que disfrutó en una prisión francesa (es notable hasta qué punto aquellos que posteriormente han transformado su país han descubierto el valor educativo de un período de encierro) su mente coqueteaba con la posibilidad de un canal interoceánico. Un representante de Ni-

caragua llegó a hacerle una proposición halagadora y parece haber alcanzado a contemplar la idea de abandonar Europa para asumir el cargo de gobernador de la zona del "Canal Napoleón" de Nicaragua. El príncipe francés llegó hasta hacer borradores de planos y escribió un elocuente opúsculo en que destruía las pretensiones de Panamá y Chagres, comparándolas con las glorias marítimas de Realejo y de San Juan; y una delegación del Ecuador penetró hasta la celda de su prisión para ofrecerle la presidencia de esa república: si aquella gestión hubiese tenido éxito, es posible que hubiese establecido el Segundo Imperio en la América del Sur en vez de hacerlo sobre las riberas del Sena. Pero en 1847 nada le quedaba de sus especulaciones americanas más que ese profundo desconocimiento del medio a que ya me he referido, con los resultados que vosotros mismos conocéis perfectamente. He ahí un incidente en que al estudiar a un europeo rocé los asuntos de vuestra gran república.

En mi último trabajo histórico, trabajo que se ocupa del duque de Wellington, me hallé una vez más en compañía de un estadista cuyo destino lo había de llevar muy cerca del de vuestros antepasados (es extraño con qué frecuencia los destinos de nuestros dos países se han aproximado, como dos barcos en el mar, para separarse después), porque es un hecho que aquel gran soldado inglés estuvo muy próximo a llevar una campaña en tierra mexicana. Ello ocurrió cuando ese brillante caudillo, aún joven, acababa de regresar de sus hazañas en la India. En aquel momento, como su experiencia en el servicio activo se había reducido casi exclusivamente a operaciones militares en Asia, los ministros le pedían su opinión exclusivamente sobre operaciones militares en América. (Si digo algo poco respetuoso acerca de ministros, mis comentarios se refieren solamente a los de mi propio país).

En 1805, España había entrado en la guerra mundial contra nosotros, y las empresas más descabelladas flotaban ante los ojos esperanzados de los ministros ingleses. 900 soldados, 4 cañones y 6 dragones fueron expedidos a las vastas regiones del Río de la Plata con objeto de que capturaran Buenos Aires, mientras que a cinco batallones se encomendaba la lisonjera misión de dar la vuelta al Cabo de Hornos, ocupar Chile y atravesar los Andes; y con ese mismo desprecio olímpico por el tiempo y el espacio se formuló un tercer proyecto que frisaba en lo sublime. Dos fuerzas británicas, salidas de dos hemisferios distintos, habían de converger sobre México. A una de ellas, con su base en Jamaica, se encomendaba la tarea relativamente sencilla de asestar un golpe a las costas del Golfo, mientras que la otra, que debía atacar simultáneamente vuestras costas del Pacífico, había de viajar a lo largo de una ruta ideada en una casa de locos. Efectivamente, después de embarcar en Madrás debían llegar a México por la vía de Singapore, las Islas Filipinas y Australia. Para

romper la monotonía del viaje habían de capturar de paso la ciudad de Manila, y después de dar media vuelta al mundo, se esperaba que llegaran con toda puntualidad a México a fin de cooperar con el contingente procedente de Jamaica. El mando de esta expedición se ofreció al joven Wellington, quien hizo lo posible por persuadir a los ministros que el itinerario presentaba algunas dificultades y dedicó su atención a otros asuntos. Pero como consejero del Gobierno británico sobre los negocios sud-americanos, hubo de escribir muchos memorándum sobre la posibilidad de operar contra México, entonces colonia española, y tropezó en su forma, quizá la más antigua, con una proposición francesa encaminada a establecer una monarquía extranjera en vuestro territorio. "Los caballeros franceses que han vuelto la vista sobre este asunto—escribió—han recomendado que uno de los príncipes franceses se establezca como rey de la Nueva España, y los representantes ingleses y franceses recomiendan un gobierno independiente sin especificar qué clase de gobierno habrá de ser. Nadie, sin embargo, ha señalado de qué modo se puede garantizar que el gobierno cuyo establecimiento se recomienda en ese país, pueda sostenerse y proseguir después de que la Revolución haya sido consumada, especialmente con la posible hostilidad de los Estados Unidos." Semejante previsión, si se hubiese ejercido dos generaciones más tarde, habría posiblemente salvado al archiduque Maximiliano. Wellington también escribió en 1806 que "el objeto. . . cuando lleguen a desembarcar las tropas en México, debe ser sacarlas de las tierras bajas del litoral a las regiones más altas y más salubres de tierra adentro. Es principalmente con este objeto que he pedido caballos, mulas e ingenieros." Semejante previsión, también posiblemente habría salvado muchas vidas francesas y mucha ansiedad al almirante Jurien de la Gravière y al general Lorencez. Pero Wellington siguió el destino que habría de llevarlo a Waterloo, y una vez más el objeto de mis estudios se había aproximado a México sin llegar a tocarlo.

Pero en una tercera ocasión mis estudios me trajeron aun más cerca de vuestro país al ocuparme de la vida de uno que fué quizá el más grande y seguramente el más intrépido de todos nuestros Secretarios de Relaciones Exteriores: lord Palmerston. Fué, en efecto, dicho estadista, posiblemente el más vigoroso, y, como sugirieron sus contrarios, el más agresivo de todos los representantes de mi país. Sin embargo, fué la paradoja de su vida que, como ocurre con todos los hombres fuertes, reservó su fuerza para utilizarla contra enemigos fuertes. Porque aunque gozaba fama de ser el más truculento entre los hombres de estado, fué él quien devolvió las Islas Jonias, que estaban entonces en manos de Inglaterra, al joven reino de Grecia. Fué él quien se rehusó terminantemente a aprovechar, en forma egoísta, las dificultades políticas de vuestros antepasados. . . .

No me atreveré a hablaros de ese episodio dramático por lo que toca al lado mexicano, ya que la epopeya heroica de Benito Juárez os es demasiado conocida para que cualquier extraño haga más que descubrirse con respeto. Por lo que toca al lado francés, la tragedia de Maximiliano y Carlota exige poco más que ese suspiro de lástima que reservamos para todo fracaso asegurado de antemano; pero tengo la presunción de creer que el lado inglés de los preliminares de ese experimento—el Imperio Mexicano—es casi totalmente ignorado, y es de dicho episodio político que me atrevo a ofreceros mis primicias. Lo hago con tanto más gusto por el hecho de que la actitud británica, en aquellos momentos, parece haber sido sabiamente dirigida por esos principios de simple sentido común sobre los cuales se han basado las relaciones británicas con la América hispana, durante un tiempo tan largo y con un éxito tan evidente. Porque mis compatriotas se han atenido siempre a la lógica de los hechos más bien que a esa lógica de las teorías siempre preferida por la mentalidad latina, más brillante. Fué un norteamericano elocuente que dijo: "Mi país, ante todo, con razón o sin ella"; pero la mayor parte de nosotros preferimos extendernos sobre aquellas ocasiones históricas en que ha ocurrido que nuestro país tiene la razón; y en este caso la tuvieron tanto mi país cuanto el vuestro.

La situación de vuestro país hace ochenta años ofrecía múltiples tentaciones a sus vecinos. En México, así como en la América del Sur, mis compatriotas habían sido los primeros en demostrar que tenían fe en el porvenir de este vasto territorio por medio de inversiones de importancia; y en 1858 un predecesor de Mr. Monson pudo informar a Londres que "más de una mitad de la Deuda Pública es para con Inglaterra, y tenemos mayor cantidad de capital invertido en este país que cualquiera otra nación. Sólo los ingleses han hecho inversiones en este país; los otros han venido sólo con fines de comercio y especulación". En estas circunstancias, podría haber existido la tentación de oír con simpatía una proposición presentada en el curso del año siguiente de 1859, cuando un grupo de políticos, y aun el Gobierno del presidente Zuloaga, se dirigió formalmente a la reina Victoria pidiéndole que interviniera Inglaterra. Pero la contestación inglesa fué decisiva: "Dije al general Almonte que el Gobierno de Su Majestad no podría tomar parte en semejante medida y no se inmiscuiría en los asuntos internos de la República". "El Gobierno de Su Majestad—añadía el Secretario de Relaciones Exteriores—está convencido de que ningún arreglo de los asuntos de México ofrece probabilidad de resultar satisfactorio o permanente a menos que surja del buen sentido o patriotismo del pueblo mexicano". Fué esa la actitud de Inglaterra al iniciarse la Intervención, y así perduró hasta después de la tragedia de Querétaro.

Según aumentaban las dificultades de vuestro país, hubo un cam-

bio de gobierno en Inglaterra y lord Palmerston subió al poder. Habría podido creerse que un estadista tan agresivo hubiese seguido una política contraria a la de su predecesor, pero aun el mismo Palmerston no hizo más que proponer que se eligiese una asamblea general para discutir acerca del futuro gobierno del país. Se hallaba, ciertamente, dispuesto a sostener las reclamaciones de los comerciantes ingleses en casos que conceptuase legítimos; pero de acuerdo con su modo de pensar, habían de reducirse a medidas en el orden comercial y no habían de acarrear ingerencia alguna en la política mexicana. Por esta razón y aunque se estaban discutiendo reclamaciones de importancia entre los Gobiernos de nuestras respectivas naciones, la Gran Bretaña no vaciló, en febrero de 1861, en reconocer al presidente Juárez como "Jefe legal de la República Mexicana". Más aún: el ministro inglés recibió instrucciones de no dejar lugar a duda que el deseo de Inglaterra era ver a "México libre e independiente". Se iniciaron inmediatamente negociaciones fructíferas entre ambos Gobiernos, negociaciones que fracasaron debido a dos razones: el hecho de que el Poder Legislativo se rehusara a ratificar el convenio y la intervención unida de la Gran Bretaña, de Francia y de España a fines del año citado.

Nació dicha intervención por la falta de comprensión y por esa misma falta de comprensión había de morir. No hay duda posible de que la Gran Bretaña se prestó nominalmente a tomar parte en ella (os acordaréis que sólo fué durante muy pocas semanas que un número muy reducido de marinos ingleses fueron huéspedes de vuestro país) a fin de evitar una acción aislada por parte del Gobierno de la reina Isabel de España. Existía un peligro muy real en 1861 de que España optase por obrar sólo en México, y semejante acción, de haberse permitido, fácilmente habría podido volver a encender las bélicas fogatas que habían ya ardidido durante tanto tiempo con resultados tan funestos para México. Fué, a fin de evitar cualquier conato de reconquista, que la Gran Bretaña participó en la Intervención. La participación de Francia, por otro lado, fué dirigida por el incansable cerebro de Napoleón III, ocupado aún con sus proyectos de crear un gobierno en América que estuviera de acuerdo con sus prejuicios latinos. Napoleón III tenía su plan y también tenía su príncipe—el archiduque Maximiliano—; pero cuando expuso su proyecto privadamente a lord Palmerston y al ministro del exterior, lord Russell, se negaron a prestar su apoyo a la idea, en forma tan enfática y tan brusca, que el embajador francés les dejó bajo la impresión de que retiraba todo el proyecto y aun les suplicó que no lo hicieran del conocimiento de sus colegas en el Gabinete. Aquellos dos ancianos enfurecidos, los ministros ingleses, dijeron en esa ocasión que sería imposible justificar ante el Parlamento cualquiera ingerencia en los asuntos internos de un país extranjero, en exceso

de la que fuese estrictamente necesaria para obtener una legítima reparación, y se negaron en la forma más absoluta a garantizar que se daría cualquier apoyo material al establecimiento de una monarquía en México. En consecuencia, el ministro inglés recibió instrucciones de no hacer absolutamente nada que pudiese menoscabar el derecho de la nación mexicana de escoger y establecer libremente su propia forma de gobierno, y se prohibió terminantemente a los 700 marinos británicos que tomasen parte en una marcha contra la ciudad de México.

Por esa razón, el presidente Juárez y el gobierno de la reina Victoria se hallaron en completo acuerdo respecto al artículo de la Convención de Soledad, que poco después se negoció en terreno mexicano, estableciendo que el gobierno constitucional de la República Mexicana no se hallaba necesitado de la ayuda que tan benévolutamente se había ofrecido al pueblo mexicano, desde el momento que él mismo poseía la fuerza necesaria para defenderse contra cualquier enemigo interno. También convinieron que no había de intentarse acción alguna "contra la independencia, soberanía e integridad del territorio de la República". En ese momento se vió claramente que el patriota mexicano Juárez y el patriota inglés Palmerston marchaban en plena armonía, aunque hubo de complicarse gravemente la situación con la entrada en escena de ese desventurado personaje, al archiduque Maximiliano, haciéndose evidente que una de las partes pensaba aprovechar la intervención de carácter comercial como un prelude para toda una revolución dinástica. En semejante compañía no podían permanecer ni los marinos ingleses ni el predecesor de Mr. Monson, y desde ese momento la participación británica en la Intervención terminó abruptamente.

Puede perdonarse a aquel que estudia el modo de proceder audaz y a menudo truculento de lord Palmerston, si se pregunta cómo pudo dicho estadista retirarse de una empresa que, con su carácter de expedición de filibusteros, podía resultarle tan grata. La razón es muy sencilla. Fué Palmerston, en sus mocedades, discípulo, y en su madurez, heredero político de Jorge Canning; y es este último un nombre que aun se honra como sinónimo de la justicia en la América hispana. Acercaron a los dos hombres dos fuerzas distintas: Palmerston había sido atraído a Canning por la fé que tenía éste en una política de justicia hacia Irlanda, y esa atracción se había acrecentado todavía más por el desarrollo de la política exterior de Canning. La atracción que ejerció Canning sobre Palmerston se nota hasta en su estilo de orador, ya que el primer gran discurso de Palmerston sobre asuntos interiores, en 1829, no fué más que una imitación consciente y no mal lograda de la manera de hablar de Canning; orador muy superior a él, y se halló adornada por medio de uno de los símiles favoritos de Canning, un barco de guerra inglés.

Cuando Palmerston asumió la dirección de la política extranjera de Inglaterra, heredó los principios de Canning, que eran dos. El primero significaba una reacción en contra del internacionalismo de lord Castlereagh, ya que Canning, optando por una actitud un tanto más inglesa, asienta que, "de vez en cuando, en lugar de Europa tendría deseos de leer Inglaterra". Dicha actitud tenía que resultar grata al temperamento británico de Lord Palmerston.

Pero Canning tenía un segundo principio que era favorecer y apoyar "a las naciones que luchan por ser libres". Debe tenerse presente que los estadistas ingleses de la primera mitad del siglo XIX hubieron de obtener su preparación en las largas guerras contra Napoleón I, y dichas guerras, que habían comenzado como una lucha de los monarcas contra la Revolución Francesa acabaron como una lucha empeñada por los pueblos de Europa—el pueblo español, el italiano, el alemán y el inglés—contra un sólo tirano. Por esa razón, Canning se halló dispuesto a otorgar el apoyo de Inglaterra al joven reino de Grecia en su lucha por emanciparse de la opresión turca, y también se halló dispuesto a reconocer a los pueblos de América conforme se libraban de la mano muerta de España.

No dejan de existir en la América Latina "Plazas Canning" y "Calles Canning", y por parte de mi compatriota estos honores se hallan bien merecidos. Canning es, en verdad, un nombre que debe figurar al lado de los de Hidalgo, Bolívar y San Martín y de esa tradición gloriosa que Palmerston heredó. Es por eso que en 1861, cuando el egoísmo nacional pudo haberle hecho inclinar la balanza contra la justicia, él retiró el peso de Inglaterra del platillo y dejó a vuestro país y al mío perseguir, honrosamente, el sendero de la libertad.